

Pilar del Campo Puerta

Tristeza Disimulada



Pilar del Campo Puerta

Tristeza Disimulada

Liber **F**actory

© Obra: Tristeza disimulada

Primera edición: Marzo, 2023

© Autora: Pilar Del Campo Puerta

ISBN: 978-84-19669-03-2

Depósito Legal: M-8288-2023

Foto de portada: Elena Gómez Vega

Composición foto interior: Héctor Fernández

Maquetación y diseño: Jesús Navarro

© Editado por LIBER FACTORY www.liberfactory.com

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.

C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid. España.

Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@visionnet.es

www.visionnet-libros.com

Disponible en librerías físicas y online.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Este libro no podrá ser reproducido, ni parcial ni totalmente, sin el previo permiso por escrito de los titulares del *copyright*. Todos los derechos reservados. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del *copyright*.

██
██

Todo parecía ir bien porque solo iban a ser dos semanas de retención social. Pero no. Aquello empezó a dilatarse y lo que no me afectaba nunca, ahora empezaba a hacer mella en mi interior. Veía a mis padres juntos en su casa, a mis hermanos con sus parejas, y yo sola mientras la frasecita materna me perseguía, “¿Qué necesidad hay de...?” En este caso se refería a estar dispersos cuando los tres que estábamos en Madrid podíamos permanecer juntos en un mismo hogar apoyándonos los unos a los otros en tan duros e inciertos momentos.



Había tantas horas para llenar en soledad, que me puse a pensar cómo hacer para que las veinticuatro horas siguientes fueran más livianas que las anteriores. Me descargué un programa de ejercicios de mantenimiento físico y así obligarme a mover el esqueleto, aunque había breves licencias de salida al exterior para comprar lo necesario. En mi caso, el establecimiento de franquicia atendido por Sebastián y Khalid, un ecuatoriano y un marroquí, que en perfecta armonía se turnan para atender a los clientes, fue un alivio. Simpáticos y buena gente, han sabido aprovechar bien las oportunidades de la vida después de tantas vicisitudes a sus espaldas; ambos se desvivieron porque a los del barrio no nos faltara de

nada. Aunque ahora reconozco que si bueno era tener el comercio justo al lado del portal, algo que me facilitaba la compra, malo era dar sólo unos cien pasos, con bajada y subida de escaleras andando, para desahogarme. Unos metros más allá, Yuan también hizo lo que estuvo en su mano por ayudar al prójimo, aunque el chino estuvo bastante tiempo cerrado por la presión que la enfermedad supuso para el colectivo asiático, donde muchos les tacharon de culpables, sin serlo. Como fuera, las colas para comprar eran una realidad, y yo no estaba por la labor de esperar tanto tiempo cuando mis necesidades no eran excesivas. También sacar al perro, era motivo suficiente para estar un rato en la calle, pero sin can, la justificación de permanecer en el exterior era imposible. Fumar en la ventana era otro aliciente, a la vez que me corroía la envidia de ver cómo los que tenían terraza o balcones podían sentarse a recibir los rayos del sol.

En una de las comunicaciones en grupo mi madre mostró sus avances documentales, algo que todos alabamos, hasta que me preguntó por la caja. ¡La caja! Se me había olvidado por completo. Solo tenía cabeza para pensar en mi futuro profesional una vez que había entrado en un ERTE, qué haría si enfermaba, y por qué no tenía pareja.

—Bien, mamá, no te preocupes que en cuanto pase todo esto y pueda ir a veros te la llevo.

Pero el confinamiento oficial duró tres meses, más unos cuantos añadidos hasta que la vida entró en la llamada nueva normalidad, tiempo suficiente para que el contenido de la caja volviera a despertar mi curiosidad.

Siguiendo el ejemplo, no sé si bueno o malo, de mi madre, esparcí las fotografías de la tía Luisita y el primer recuerdo que me asaltó de ella fue el chocolate en forma de huevo Kinder. La cantidad de huevos que nos habrá comprado a mis hermanos y a mí. Yo diría que su bolso más bien era una huevera. Nos volvíamos locos esperando la sorpresa que saldría del delicioso dulce que debía comerse de inmediato porque ya estaba blanducho. Luego nos ayudaba a armar los diminutos regalos que solo servían para acabar por los rincones o en la basura. Era feliz haciéndonos felices con tan poca cosa. Diría que la tía Luisita fue una persona feliz, o aparentó serlo, aunque en su mirada siempre hubiera una tristeza disimulada.

—¿Cómo te llegó esta caja? —pregunté a mi madre antes de llevármela.

—Cuando me llamaron de la residencia para recoger sus pertenencias me la dieron.

Mi madre fue la única persona que la visitaba con rigor y asiduidad; yo la acompañaba cuando podía. Ella se ocupó de todo hasta que comprendió que la mejor forma de gobernar las pertenencias de esa tía de cora-

zón, que no de sangre, era nombrar un tutor porque, aunque desde la dirección de la residencia insistieron en que ella era la persona indicada, prefirió dejar la tutela en manos ajenas pero entendidas. Con su postura, mi madre dejó claro que su único interés, era que la anciana tía tuviera tranquilidad y buen cuidado. Ella, la conciencia tranquila.

— Cuando me dijeron que fuera a por sus cosas —continuó mi madre— me mostraron lo que había: ropa y zapatos usados, libros de lecturas religiosas, algunos números de revistas a las que estaba suscrita, otros tantos documentos de Hermandades del Trabajo y de la Compañía Metropolitano de Madrid, entre ellos un montón de pequeños planos de bolsillo con las líneas del Metro, que repartía como si fueran estampas de San Antonio. Algo de ajuar diario, un par de muñecos, figurillas sin ningún valor, dos grandes retratos de sus padres, un crucifijo, una virgencita, esta caja y una maleta. Está claro por lo que opté.

—¿Y no había nada de valor? ¿Pulseras, anillos, medallas, collares, el reloj de oro? —pregunté intrigada y curiosa, porque hasta donde mi memoria alcanza la tía iba muy arreglada siempre.

—No. La tía ya dejó bien dicho en su testamento que todo lo de valor sería para quién la cuidara hasta el final, y está claro que han sido las monjas y las cuidadoras de la residencia quienes lo han hecho.

—Pero tú has sido el único familiar que se ha encargado de ella. No es justo.

—Claro que lo es, y me he quedado con lo más valioso: su memoria.

En aquel momento no lo entendí, pero ahora lo veo claro. Si mi madre no hubiera rescatado esta caja ahora ya estaría en la basura más que triturado todo, como ocurre con cantidad de legados personales que estorban una vez que quienes los han guardado ya no están. En este caso, ya nadie hablaría de Luisa Villar una vez muerta. Reviví entonces, de nuevo la conversación con mi madre:

—¿Me puedo llevar la caja, o no? —insistí.

—No, no sea que la pierdas —contestó ella.

La precaución siempre a flor de piel en el cuerpo de mi madre, por todo: las motos, las salidas nocturnas, las posibles malas compañías, el gasto excesivo, los viajes, los aviones, llevar poca ropa, salir con el pelo mojado, no contestar a tiempo su llamada. Eso es lo que peor llevo, porque entonces todas las alertas se le juntan y ya nos ve en el hospital. Me da mucha rabia que sea así, no por mí, sino por el sufrimiento que eso le produce sin necesidad. En lo referente a la pregunta de si me podía llevar la caja, me habría gustado escuchar un “claro, llévatela sin problemas, sé que eres cuidadosa”, pero no. Por eso mi réplica fue:

—Mamá, por favor, ya tengo una edad, una licenciatura y un buen trabajo. No puedes pensar que voy a perder esto. Sé muy bien lo que hago.

La verdad es que solo me movía la curiosidad, pero gracias al estado de alarma y el confinamiento, tuve claro lo que iba a hacer: ver, ordenar, recordar y escribir la historia de Luisa Villar.